

LA ESPADA Y LA CIMITARRA

SIMON SCARROW

LA ESPADA Y LA CIMITARRA

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sword and Scimitar*

Diseño de la sobrecubierta: Enrique Iborra

Primera edición: octubre de 2013

© Simon Scarrow, 2012

© de la traducción: Montse Batista, 2013

© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-6272-5

Impreso en Nexus/Larmor

Depósito legal: B. 21064-2013

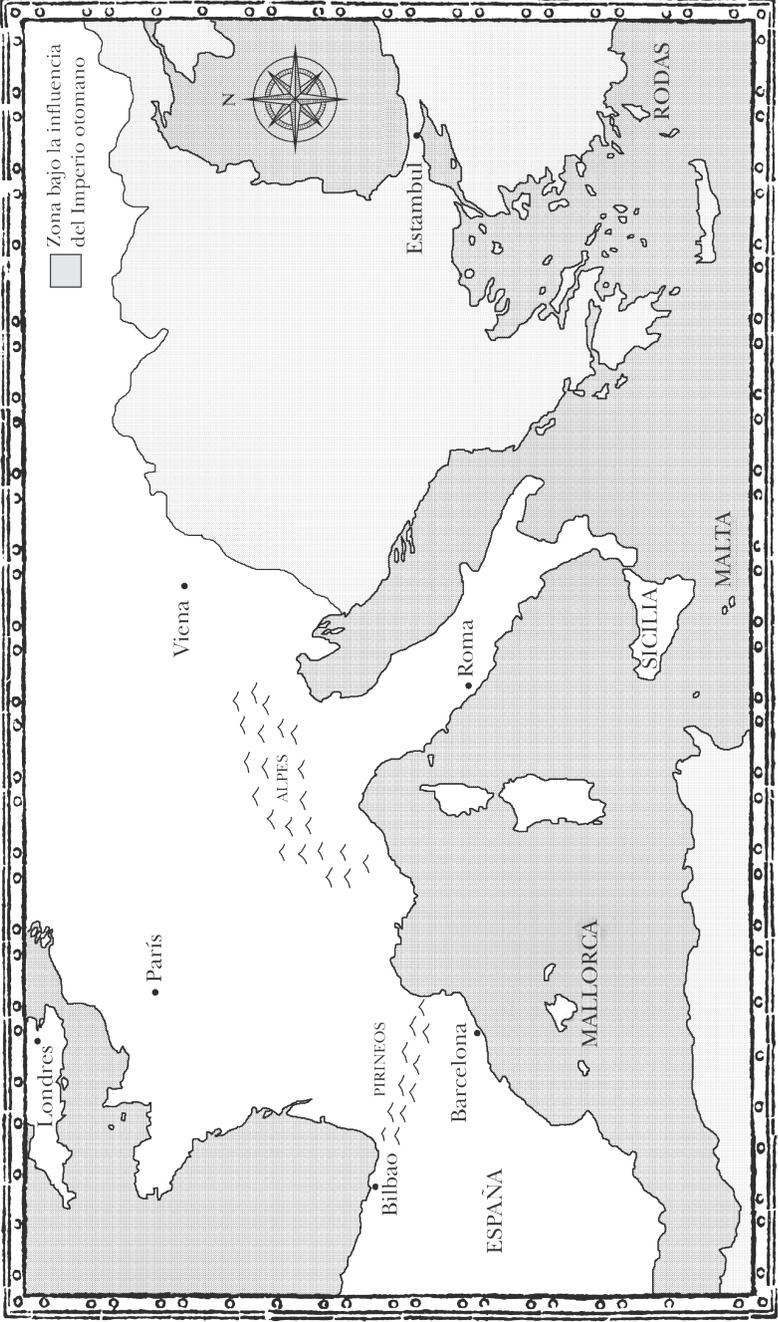
Impreso en España

Para Tom

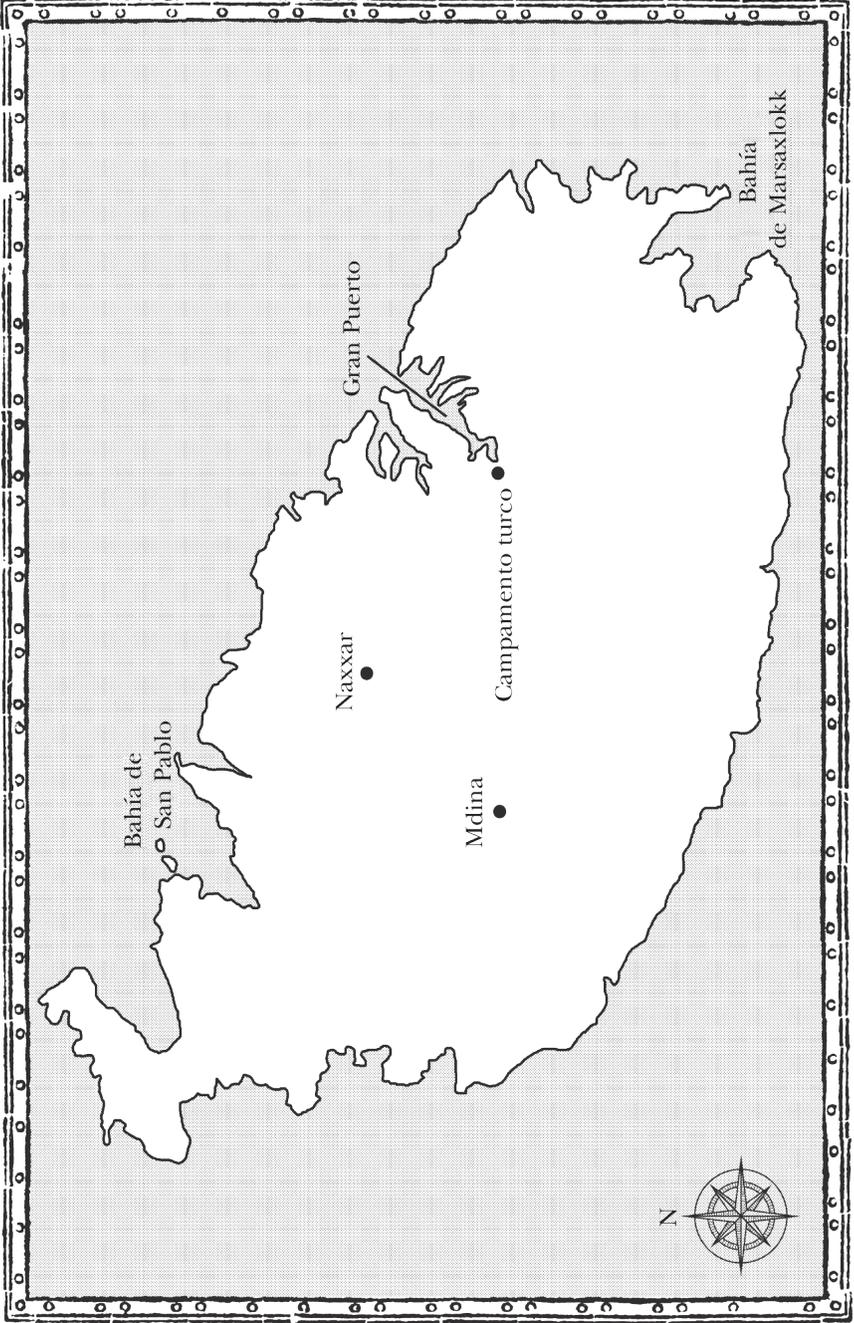
*Duerme después de la exacerbación de la
fiebre de la vida.
La traición dio tan buena cuenta de él
que nada puede alcanzarlo ya,
ni el puñal ni el veneno, ni la rebelión
ni el yugo extraño.*

William Shakespeare

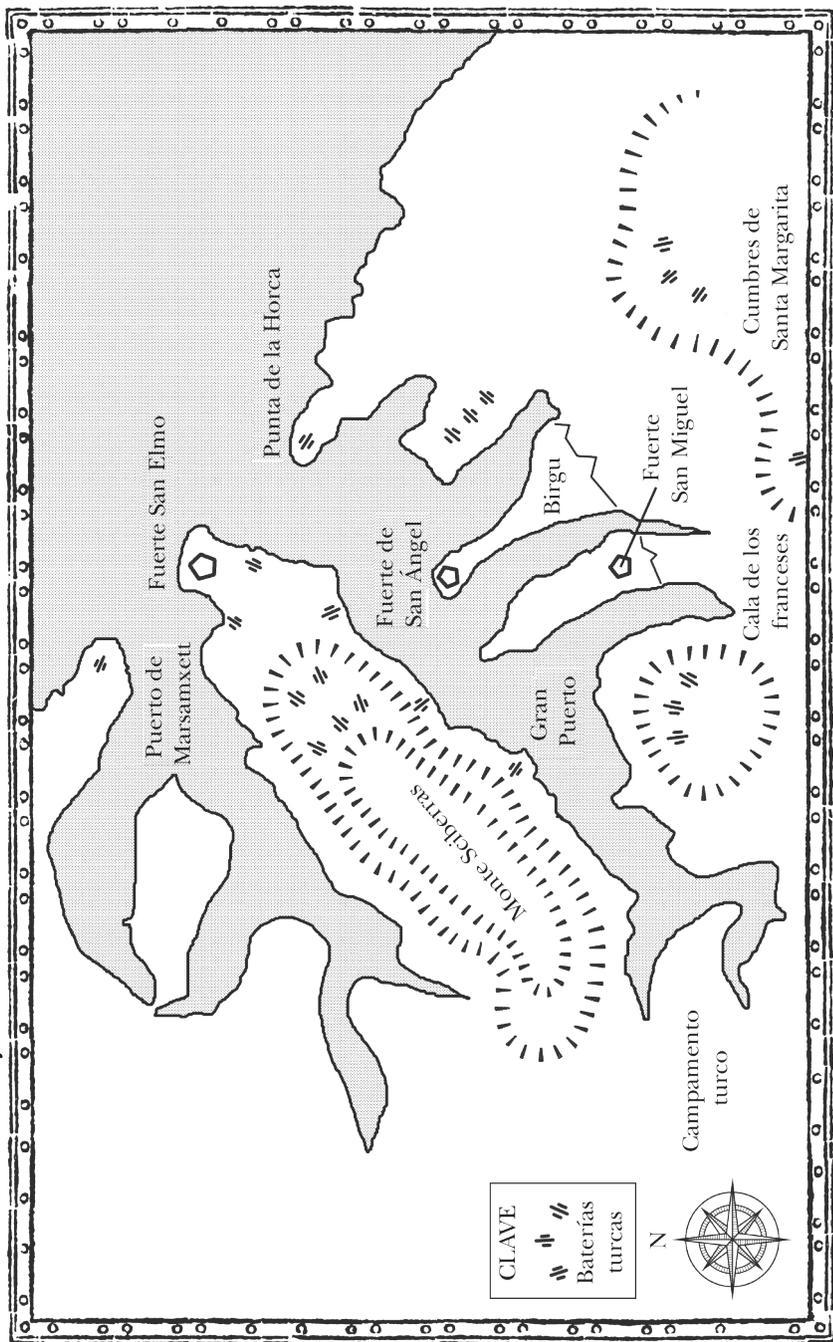
MAR MEDITERRÁNEO, 1565



MALTA, 1565



LOS DOS PUERTOS PRINCIPALES DE MALTA y LA UBICACIÓN DE LAS DEFENSAS DE LA ORDEN



AGRADECIMIENTOS

Como siempre, mi primera deuda de gratitud es para Carolyn, por apoyarme durante el proceso de escritura y por leer minuciosamente y comentar después el producto final. También me gustaría dar las gracias a Chris Impiglia por dejarme leer su disertación sobre las defensas de Malta en la época del asedio. Isabel Picornell me proporcionó algunos detalles ambientales muy útiles sobre el marco histórico y, junto con Robin Carter, revisaron el manuscrito final por mí. Gracias a todos.

CAPÍTULO 1

El Mediterráneo, julio de 1545

El mar estaba oscuro como boca de lobo en la negra noche, y la galera cabeceaba suavemente con el leve oleaje frente a la bahía. La *Swift Hind* se había puesto al paio a media legua de distancia de la costa, al otro lado de la oscura masa del cabo. Un joven caballero se encontraba a solas en la cubierta del castillo de proa, asiendo con fuerza el obenque que caía arqueado desde lo alto del palo de trinquete. La humedad de la atmósfera resultaba incómoda, y el joven se llevó una mano a la frente para secarse las gotas de sudor. Tras él había dos cañones largos de bronce con las bocas tapadas para que no entrara en ellas la espuma del mar. Hacía ya tiempo que se había acostumbrado al movimiento de la galera, y no necesitaba asidero en el mar en calma; sin embargo, agarraba la cuerda embreada con el puño apretado, al tiempo que escudriñaba el oscuro oleaje. Aguzó el oído para distinguir el menor sonido por encima del golpeteo de las pequeñas olas contra el casco de la nave. Habían pasado más de tres horas desde que el capitán y cuatro de los marineros tomaron un pequeño bote para dirigirse a la costa. Jean Parisot de La Valette le había dado unas suaves palmaditas en el hombro a Thomas, que pudo ver el brillo apagado de sus dientes cuando le sonrió de manera tranquilizadora y le dijo que tomara el mando de la galera en su ausencia.

—¿Cuánto tardaréis, señor?

—Unas cuantas horas, Thomas. El tiempo que lleve asegurarme de que nuestros amigos se hayan instalado para pasar la noche.

Ambos habían mirado de forma instintiva en dirección a la bahía al otro lado del cabo. El barco mercante turco estaría anclado a no más de tres millas de distancia, no muy lejos de la playa, allí donde los pescadores que se encontraron el día anterior les habían dicho que estaba. La mayor parte de la tripulación estaría en tierra, sentados en torno a las hogueras, y sin duda unos cuantos hombres permanecían a bordo del galeón, atentos a cualquier señal de peligro proveniente del mar. A lo largo de la costa africana, las aguas estaban plagadas de corsarios, pero no era de los feroces piratas de quienes los turcos estarían pendientes. La orden del sultán Solimán en Estambul protegía sus embarcaciones de los estragos de los corsarios. Existía un peligro mucho mayor para las embarcaciones musulmanas que surcaban el mar Blanco, como los turcos denominaban al Mediterráneo. Dicho peligro radicaba en la Orden de San Juan, un pequeño grupo de caballeros cristianos que luchaba incesantemente contra aquellos que seguían las enseñanzas de Mahoma. Estos caballeros eran lo único que quedaba de las grandes órdenes religiosas que, en otro tiempo, ejercieron el control en Tierra Santa, antes de que Saladino los expulsara. Ahora su hogar era la roca árida de Malta, regalo del rey de España a la Orden. Desde esa isla, los caballeros y sus galeras salían al mar para atacar los grandes barcos mercantes que permanecían anclados a no más de tres millas de distancia.

—Habrá cuantiosas ganancias... —había dicho Thomas con aire pensativo.

—Ciertamente, pero nosotros estamos aquí para hacer la obra de Dios —le recordó el capitán en tono severo—. Sea

cual sea el botín que capturemos, será bien utilizado para combatir a los que siguen la falsa fe.

—Sí, señor. Lo sé —contestó Thomas en voz baja, avergonzado al pensar que su capitán pudiera creer que sólo pensaba en el botín.

La Valette se rió.

—Tranquilo, Thomas. Sé perfectamente quién sois. Sois un miembro de la Santa Religión tan devoto como yo, y un guerrero igual de magnífico. Con el tiempo acabaréis teniendo el mando de vuestra propia galera. Cuando llegue ese día, no debéis olvidar nunca que vuestra embarcación es una espada en la mano derecha de Dios. Las ganancias son para Él.

Thomas asintió con la cabeza, y La Valette dio media vuelta, se metió por el hueco de la barandilla del barco con cuidado y descendió para unirse a los cuatro hombres de la pequeña embarcación que cabecaba junto a la proa de la galera. El capitán dio una orden con un gruñido, y los otros hombres empezaron a remar para hacer avanzar el pequeño bote por las aguas negras. La oscuridad los engulló enseguida, mientras Thomas los seguía con la mirada.

* * *

En aquellos momentos, al cabo de unas horas —daba la impresión de que demasiadas—, Thomas se sentía embargado de temor por su capitán. La Valette llevaba fuera demasiado tiempo. Faltaba poco para que amaneciera, y si el capitán no regresaba pronto resultaría imposible aprovechar el amparo de la oscuridad para lanzar su ataque contra los turcos. ¿Y si La Valette y sus hombres habían sido capturados? Aquella idea le provocó un escalofrío en lo más profundo de su ser. Los turcos solían deleitarse torturando y prolongando la

muerte de todos los caballeros de la Orden que caían en sus manos. A continuación, otra idea alarmante cruzó su mente: si La Valette no aparecía, la responsabilidad del mando recaería sobre él y supo, con terrible certeza, que no estaba preparado para comandar una galera de guerra.

Percibió un movimiento a sus espaldas y, al volver con rapidez la mirada por encima del hombro, vio una figura alta que subía por el corto tramo de escaleras a la pequeña cubierta del castillo de proa. El hombre iba con la cabeza descubierta, y el gambesón que llevaba debajo de una sobreveste oscura cuya cruz blanca apenas se distinguía bajo la luz de las estrellas le hacía parecer más corpulento. Oliver Stokely era un año mayor que Thomas, pero se había incorporado a la Orden más recientemente y, por lo tanto, era su subalterno. A pesar de ello, los dos se habían hecho amigos.

—¿Se sabe algo del capitán?

Thomas no pudo evitar un esbozo de sonrisa ante aquella pregunta retórica. No era el único a quien la larga espera le estaba poniendo a prueba los nervios.

—Aún no, Oliver —respondió con fingido aire despreocupado.

—Si no llega pronto, tendremos que cancelarlo.

—Dudo que haga eso.

—¿Lo crees de verdad? —repuso Stokely con desdén—. Sin el elemento sorpresa, nos arriesgamos a perder a más hombres de los que nos podemos permitir.

Era una buena observación, caviló Thomas. Había menos de quinientos caballeros que aún seguían en la Orden de Malta. El precio de la guerra interminable contra los turcos se pagaba con sangre, y estaba resultando cada vez más difícil reponer las filas. Con los reinos de Europa en guerra entre ellos y los estrictos requisitos de ingreso para los que se incorporaban a la Orden, el número de nobles jóvenes que

se presentaban para la selección era cada vez más reducido. En el pasado, un veterano como La Valette podría haber salido a la mar con una docena de caballeros de los más jóvenes en su galera, ansiosos por demostrar su valía. Ahora tenía que arreglárselas con cinco, de los cuales sólo Thomas se había enfrentado a los turcos en batalla.

A pesar de ello, Thomas conocía lo bastante bien a su capitán como para saber que no renunciaría a una presa a menos que lo tuviera todo en contra. El corazón de La Valette hervía con fervor religioso, inflamado más aún con la sed de venganza por el sufrimiento que había soportado como esclavo encadenado a un fino banco de madera de una galera turca hacía muchos años. La Valette tuvo la fortuna de haber sido liberado a cambio de un rescate. A la mayoría de condenados a galeras los hacían trabajar hasta matarlos, atormentados por la sed, el hambre y el dolor de las llagas causadas por el hierro pesado que utilizaban para engrilletarlos. Thomas pensó que sólo por ese motivo La Valette iba a combatir, tanto si gozaba del elemento sorpresa como si no.

—¿Y si le ha ocurrido algo? —Stokely echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no le oyeran los hombres de la cubierta principal—. Si el capitán desaparece, alguien tendrá que tomar el mando.

«Ya estamos», pensó Thomas. Stokely estaba a punto de reclamar el mando para sí. Debía imponerse antes de que lo hiciera su amigo.

—Dado que me ha nombrado su lugarteniente, en caso de su muerte o captura yo debo ocupar su puesto. Ya lo sabes.

—Pero yo llevo más tiempo que tú siendo caballero —replicó Stokely con un susurro comedido—. Tal vez sea mejor que tome yo el mando. Los hombres sin duda prefieren que los dirija alguien con más experiencia. Vamos, amigo mío, seguro que lo entiendes, ¿no?

Pensara lo que pensara Stoleky, lo cierto era que la capacidad de Thomas para el combate había llamado la atención de sus superiores desde el principio. En su primera acción, había dirigido un asalto a un pequeño puerto de la costa cerca de Argel, y capturado un galeón cargado de especias. Después de aquello lo destinaron a servir con La Valette, el más osado y exitoso de los capitanes de la Orden, para hacer la guerra a los turcos. Aquélla era su tercera campaña en el mar, y había forjado un fuerte vínculo con la tripulación y los soldados de la galera de La Valette. No tenía ninguna duda de que ellos preferirían que fuera él quien asumiera el mando en lugar de un caballero que se había incorporado a la galera tan sólo un mes antes, recién llegado de las oficinas del intendente de la Orden.

—Sea como sea —contestó Thomas, consciente de los sentimientos de su amigo—, el asunto no tiene que preocuparnos. El capitán regresará pronto, no tengo ninguna duda de ello.

—¿Y si no regresa?

—Lo hará —dijo Thomas con firmeza—. Debemos estar preparados para la batalla en cuanto el capitán vuelva a la galera. Da la orden para que silencien a los remeros. Luego haz que los hombres preparen sus armas.

Stokely vaciló unos instantes, luego asintió con un movimiento brusco de la cabeza y volvió a bajar por las escaleras a la amplia cubierta que recorría el centro de la esbelta galera a lo largo de unos cincuenta pasos, antes de llegar al castillo de popa, donde los caballeros y oficiales superiores compartían alojamiento. Por encima de la cubierta, las dos vergas anchas que cruzaban los mástiles gemelos de la galera se combaban ligeramente bajo el peso de las velas aferradas. Thomas oyó que se transmitían sus órdenes, y un pequeño grupo de hombres bajó a buscar los tapones de corcho y las correas de cuero de uno de los baúles de la pequeña bodega. Al cabo

de un momento, los hombres encadenados a los bancos empezaron a murmurar con amargura. Un gruñido áspero por parte del oficial a cargo de la cubierta de remos y el fuerte chasquido del cuero seco contra la carne desnuda silenciaron sus protestas.

Thomas comprendía bien cómo se sentían las desventuradas criaturas que manejaban los largos remos de la galera. Para asegurarse de que ninguno de ellos pudiera lanzar un grito de advertencia al enemigo cuando la embarcación se deslizara hacia su presa, los capitanes de las galeras de ambos bandos habían adoptado el recurso de meterles un tapón de corcho en la boca a cada uno de ellos, sujeto con unas tiras de cuero atadas en un grillete de hierro. Resultaba terriblemente incómodo y asfixiante cuando empezaban a esforzarse a los remos. Thomas había visto a hombres morir asfixiados después de algunas de las batallas en las que había participado. Aun así, se dijo, era un mal necesario en aquella cruzada, pues muchos de aquellos remeros se mantenían fieles a la falsa religión. Por cada uno de los que morían ahogados por dicha mordaza, se salvaban vidas cristianas por falta de una advertencia dirigida al enemigo confiado. La única otra señal reveladora de la presencia de una galera sería el hedor de los excrementos y la orina que había bajo las bancadas, que no se limpiaban hasta que se sacaban las embarcaciones del agua al término de la campaña. De no ser por la brisa constante de la costa, aquel pestilente olor podría llegar lo bastante lejos como para alertar al enemigo.

Por encima de la cubierta de boga, los soldados de la Orden (españoles, griegos y portugueses, venecianos y algunos franceses, todos ellos mercenarios) se pusieron de pie. Se colocaron con dificultad sus jubones acolchados y se abrocharon las pequeñas protecciones de sus miembros expues-

tos. El equipo que llevaban era engorroso y resultaría sofocante cuando el sol hubiera salido del todo. Por norma general, la orden de prepararse no se habría dado hasta que la galera empezara a acercarse a su presa, pero Thomas había percibido la tensión de la preocupante espera en el estado de ánimo de los hombres, y consideró que sería mejor ofrecerles cierta distracción mientras aguardaban el retorno del capitán. Por otro lado, eso le proporcionaba la oportunidad de ejercer su autoridad sobre Stokely, y de recordarle cuál era su lugar en la cadena de mando.

Thomas aguzó el oído al percibir un chapoteo a lo lejos, en dirección a la oscura masa del cabo. Todos los pensamientos se desvanecieron de su mente de inmediato, y escudriñó las negras sombras del mar en busca de alguna señal de movimiento. Y entonces lo vio, la forma casi invisible de un pequeño esquife, los hombres remando con fuerza. Un estremecimiento de alivio le inundó el corazón mientras la embarcación se iba acercando poco a poco a la galera, acompañada por el débil sonido de las palas de los remos al golpear y arremolinar el agua.

—Descansen... —ordenó La Valette en voz baja, y un instante después se oyó un suave topetazo contra los sólidos maderos del costado de la galera. Un cabo atravesó el aire con un serpenteo, y uno de los marineros lo agarró. La Valette trepó por el costado de la nave en el mismo momento que Thomas bajaba del castillo de proa para reunirse con su capitán. Los otros caballeros y oficiales se congregaron a su alrededor.

—¿El galeón sigue ahí, señor? —preguntó Stokely.

—Así es. Los turcos duermen como niños —anunció La Valette—. Los hombres del galeón no nos causarán problemas. Stokely juntó las manos.

—Alabado sea.

–Y que lo digáis –asintió el capitán–. Nuestro Señor nos ha bendecido con buena suerte, y ésa es la causa de mi retraso en volver... –La Valette hizo una pausa para asegurarse de que tenía toda la atención de sus seguidores antes de continuar–: Ese galeón no será la única presa que capturemos esta noche. Se le han unido un par de galeras corsarias. Están ancladas al paio. Un cuantioso botín, caballeros.

Se hizo un momento de silencio mientras los demás asimilaban la noticia. Thomas paseó la vista por los rostros de sus compañeros, y pudo discernir que algunos de ellos cruzaban miradas nerviosas. El oficial de navegación de la galera carraspeó con aire preocupado.

–Eso son tres contra uno, señor.

–No. Dos contra uno. El galeón no tiene mucha importancia. En cuanto nos hayamos ocupado de las galeras, caerá en nuestras manos fácilmente.

–Aun así, sería imprudente intentarlo –protestó el oficial de navegación–. Sobre todo faltando tan poco para que amanezca. Tendremos que retirarnos, señor.

–¿Retirarnos? –gruñó La Valette–. ¿Estáis de broma? Cualquier hombre de los que sirven en la Orden vale lo que cinco turcos. Además, tenemos a Dios de nuestro lado. Son los turcos los que están superados en número. Pero no pongamos demasiado a prueba a la providencia, ¿eh? Tal como decís, pronto tendremos la mañana encima. Por lo tanto, caballeros, no hay tiempo que perder. ¿Está lista la galera?

–Sí, señor –asintió el oficial de navegación.

–¿Y los hombres?

–Sí, señor –respondió Thomas–. Ya los he llamado a las armas.

–Bien. –La Valette miró a sus oficiales y alzó el puño–. ¡Pues hagamos la obra del Señor y castigemos a los turcos con su ira!

El cielo del este mostraba ya una débil luminosidad en el horizonte cuando la *Swift Hind* empezó a rodear el cabo. Al otro lado, la bahía se abría describiendo una amplia media luna a lo largo de unas tres millas. Las siluetas del galeón y de las dos galeras se distinguían con claridad contra la palidez de la playa arenosa, y un tenue brillo anaranjado mostraba el lugar donde las brasas de una hoguera aún calentaban a los que habían dormido en torno a ella.

–Llegamos demasiado tarde –dijo Stokely en voz baja, al lado de Thomas en cubierta–. El amanecer nos delatará mucho antes de que los alcancemos. Seguro que los turcos nos verán.

–No. Nos estamos aproximando por el oeste, la oscuridad nos envolverá un poco más todavía. –Thomas ya había visto utilizar esta táctica a La Valette en sus ataques contra el enemigo, y era un método probado para ocultar su aproximación hasta el último momento.

–Sólo si los turcos son completamente ciegos.

Thomas reprimió su irritación. Aquélla era la primera «caravana» de Stokely, así denominaba la Orden a sus campañas navales. El joven caballero aprendería a confiar en la experiencia de capitanes que habían pasado muchos años en guerra contra los turcos... siempre y cuando viviera lo suficiente, se dijo Thomas. Un caballero podía reunirse con su Hacedor de muchas maneras estando al servicio de la Santa Religión. El combate, la enfermedad y el mar se cobraban muchas víctimas sin tener en cuenta si uno pertenecía a una de las familias más nobles de Europa o si se había criado en las cloacas. El ahogamiento suponía un especial peligro. La coraza de la armadura que protegía a un caballero en la batalla y el resto de su equipo pesaban tanto que

podían mandarlo directo al fondo del mar en caso de que cayera al agua.

Thomas echó un vistazo a lo largo de la galera; observó a los soldados, algunos de ellos armados con ballestas, y vio a La Valette en el castillo de popa, su figura alta y erguida contrastaba con la del achaparrado y corpulento oficial de navegación, que estaba a su lado. Nadie alzaba la voz por encima de un susurro, y lo único que se oía era el rítmico crujir de los remos en la madera y el ruido del agua cuando las palas hendían el mar. En cuanto la galera rebasó el cabo, el timonel hizo virar a la *Swift Hind* hacia la costa para alinearse con la galera más cercana. Thomas se había acostumbrado al hábito que tenía el capitán de guardarse los planes para sí mismo, pero, aun así, podía adivinar sus intenciones. La Valette tenía previsto atacar primero la galera que estaba más cerca. Aunque el galeón lograra levar anclas y salir de la bahía antes de que se hubieran ocupado de las galeras, al elegante buque de guerra de la Orden no le resultaría difícil alcanzarlo y capturarlo.

La luz ya era claramente más intensa por el este, y el contorno de la punta de tierra de enfrente resaltaba contra el cielo. Una ráfaga pestilente procedente de las galeras enemigas alcanzó la cubierta de la *Swift Hind* y se sumó al hedor de la embarcación cristiana.

La galera se había acercado a menos de media milla del enemigo cuando les llegó el toque estridente de un cuerno que dio la señal de alarma. Thomas sintió una gélida punzada de inquietud que se aferró a su garganta, y asió la pica con más firmeza. La voz de La Valette llegó con claridad a sus hombres desde el castillo de popa.

—¡Cómitre, boga de combate! ¡Artilleros, preparen los botafuegos!

El tambor inició un ritmo constante e insistente bajo cubierta, y un brillo apagado apareció en la proa cuando los

extremos de los botafuegos salieron del pequeño cubo. Uno de ellos refulgió por un instante cuando un artillero sopló la mecha, el otro capitán de cañón hizo lo propio, y ambos permanecieron preparados junto a la recámara de la pieza a la espera de la orden de disparar.

A Thomas se le aceleró el corazón con los toques más rápidos del tambor que marcaba el ritmo a los remeros, y con cada golpe de remos la cubierta daba una leve sacudida bajo sus pies. Frente al través de babor, vio unas figuras diminutas en la playa, que se ponían de pie rápidamente en torno al resplandor de la hoguera. Algunos se limitaron a mirar fijamente a la galera que surcaba la superficie de la bahía hacia ellos. Otros echaron a correr hacia la orilla, y se lanzaron al agua nadando en dirección al galeón. Los que nadaban peor empezaron a tirar de las gabarras del barco hacia las olas rompientes y subieron apresuradamente a bordo. Más allá, en la galera corsaria más cercana, unas figuras oscuras empezaron a alinearse en los costados de la embarcación. Muchos de aquellos hombres llevaban turbante y gesticulaban como locos señalando el peligro inminente, al tiempo que tomaban sus armas. Sus gritos llegaban con claridad a oídos de los cristianos por encima del agua que los separaba.

Mientras tanto, ni un solo hombre en la galera cristiana pronunció una palabra, y lo único que se oía eran los golpes del tambor, el roce del agua contra las líneas puras del casco y los gruñidos amortiguados de los hombres que se esforzaban a los remos. Thomas se volvió a mirar hacia la popa y apenas pudo distinguir la expresión de su capitán en la tenue penumbra previa al alba. La Valette estaba inmóvil, tenía la mano derecha apoyada en la empuñadura de su espada y sus facciones, enmarcadas por una barba muy recortada, delataban la tensión del momento. Tenía por costumbre conducir a sus hombres a la batalla en silencio, consciente de que con

ello desconcertaba al enemigo. Hasta el último momento no lanzarían un rugido ensordecedor, al tiempo que caían sobre el adversario.

Se oyó un fuerte crujido cercano, y Thomas se encogió cuando varias astillas estallaron en la barandilla del costado. Una bocanada de humo procedente de la galera corsaria más cercana señalaba el punto en el que un arcabucero les había disparado hacía un momento. El hombre ya había bajado la culata de su arma de cañón largo a cubierta y estaba recargando. Thomas echó un rápido vistazo a ambos lados para ver si alguien se había percatado de su estremecimiento, pero, en torno a él, los hombres miraban al frente y Stokely movía los labios rezando entre dientes. Parpadeó, desvió la vista hacia Thomas y, al ver que éste lo miraba, se calló y evitó su mirada.

Surgieron más bocanadas de humo, y las balas de plomo pasaron silbando por encima de sus cabezas hasta que otro disparo alcanzó la proa de la galera. Thomas se obligó a quedarse observando sin moverse, mientras la embarcación enemiga más próxima disparaba varias veces más, unos tiros como flores rojas refulgentes envueltas en un remolino de humo que se desvanecía en un instante.

—¡Ballesteros! —gritó La Valette—. ¡Prepárense!

Los soldados de la Orden aún utilizaban aquella arma anticuada. Carecía del alcance y la potencia de las armas de fuego de los turcos, pero era menos aparatosa y podía infligir heridas terribles cuando la puntería era certera. Un pequeño grupo de hombres avanzó y tomaron posiciones a lo largo de las barandillas de proa. Utilizando el pequeño torno de la culata, tensaban la cuerda del arco y con cuidado colocaban un virote en la ranura que recorría el cuerpo del arma.

—¡Disparen a discreción! —La orden les llegó claramente desde la popa de la galera. Los fuertes chasquidos de los

arcabuces enemigos obtenían como respuesta los golpes sordos de las cuerdas de las ballestas al soltarse, y los proyectiles saltaban por encima del agua describiendo un leve arco antes de desaparecer en medio de los hombres que abarrotaban la cubierta de la embarcación corsaria.

Thomas calculó que, en aquellos momentos, no habría más de un centenar de pasos de distancia entre las dos galeas. Había una gran cantidad de hombres con turbante alineados en la barandilla del costado que desafiaban a gritos a los cristianos blandiendo sus partesanas y cimitarras. Por debajo de la barandilla se estaban sacando los primeros remos, y la tripulación se esforzaba con frenesí por poner en movimiento la embarcación. Thomas se preparó para la inminente orden de disparar los cañones de la galera, y vio que uno de los capitanes artilleros miraba por encima del hombro.

–Vamos, vamos... –gruñó aquel hombre.

La Valette aguardó un momento más, se llevó las manos a la boca para hacer bocina y bramó:

–¡Abran fuego!

CAPÍTULO 2

Los capitanes artilleros acercaron de inmediato los extremos encendidos de sus mechas lentas a los conos de papel llenos de pólvora que sobresalían de las chimeneas de los cañones. Se oyó un silbido crepitante cuando la pólvora se inflamó, y a continuación un estruendo y un golpetazo ensordecedores cuando todos los cañones arrojaron por sus bocas un chorro de fuego y llamas. El violento retroceso hizo que la cubierta se sacudiera bajo los pies de Thomas, que se tambaleó y avanzó un paso para recuperar el equilibrio. Todas las piezas se habían cargado cuidadosamente con una mezcla de clavos largos de hierro, cadenas y balas de plomo fundido capturados a un barco enemigo meses atrás. Thomas reflexionó sobre la salvaje satisfacción de ver que la munición del enemigo se estaba utilizando en su contra. El mortífero cono de fragmentos de metal estalló contra el costado de la embarcación corsaria. Saltaron astillas en todas direcciones, y la barandilla quedó destrozada en dos lugares distintos. Al otro lado, el estallido barrió a los guerreros con turbante como si fueran marionetas, y los dejó amontonados de cualquier manera en cubierta.

—¡Por Dios y por san Juan! —bramó La Valette, y sus hombres repitieron su grito con un rugido feroz que desgarró sus gargantas, con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos por la emoción delirante.

—¡Por Dios y por san Juan! —gritaban una y otra vez mientras la galera avanzaba directamente hacia el costado de la nave enemiga.

—¡Agárrense! —gritó La Valette, cuya voz atronadora apenas resultaba audible por encima de las exclamaciones de sus hombres. Thomas guardó silencio, apretó los dientes y se agachó, se aferró la barandilla con una mano y separó los pies. Los que estaban a su alrededor, aquellos que tuvieron sentido común suficiente para comprender lo que se avecinaba, siguieron su ejemplo y aguardaron el impacto. Dio la impresión de que la cubierta daba un salto bajo los pies de Thomas, y el soldado que tenía a su lado le golpeó el hombro antes de precipitarse contra el suelo junto con varios otros. El palo de trinquete crujió a modo de protesta, y uno de los obenques se partió con un fuerte chasquido. Bajo cubierta surgió un coro de gritos amortiguados cuando los remeros aterrorizados salieron despedidos de los bancos y las cadenas detuvieron dolorosamente su caída. La proa de la *Swift Hind* se había reforzado mucho para soportar un impacto como aquél, y cuando embistió el costado de la embarcación enemiga, ésta se inclinó bajo el violento impacto, y sus mamparos de babor se astillaron y partieron en dos. Hubo gritos de terror y los enemigos rodaron a montones por la cubierta inclinada y cayeron contra la borda. Unos cuantos se precipitaron por la barandilla y fueron a parar al mar.

—¡Santo Dios! —exclamó Stokely entre dientes mientras volvía a ponerse de pie junto a Thomas.

Tras el impacto, la *Swift Hind* retrocedió levemente y, por un breve instante, todo pareció detenerse, mientras las tripulaciones de ambos barcos se recuperaban de su aturdimiento. La voz de La Valette hendió entonces el frío aire del amanecer.

—¡Lancen garfios de abordaje!